

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

HÆC COMMISTIO.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 2. v. 19.

*Destruid este Templo, y en tres dias
lo levantaré.*

No perdamos de vista que la oracion que hemos indicado en la Instruccion última nos representa la Resurreccion de Jesu-Cristo. Su cuerpo y su Sangre separados en el momento de la consagracion por la espada espiritual

Hæc commistio. 259

de las palabras sacramentales, se reunen en algun modo por la mezcla de las dos especies, y Jesu-Cristo renueva el cumplimiento de aquella profecía tan clara y terminante que habia hecho á sus Apóstoles. El templo de su cuerpo es destruido de nuevo, y restablecido de nuevo por el doble misterio que celebró la Iglesia en el momento de la Misa; por lo qual nos advierte que ofrece este augusto Sacrificio en memoria de la Pasion, de la Resurreccion, y de la Ascension de Jesu-Cristo. El misterio de la Resurreccion se nos representa en este parte de la Misa, y ella por esta causa es una de las mas interesantes é instructivas: procuraremos pues conocer toda su energía meditando las palabras que ha consagrado la Iglesia para esta accion misteriosa: prestadme atencion.

La oracion que trato de explicar hoy está concebida en pocas palabras. Despues que el Sacerdote ha deseado la paz al Pueblo, dice con una voz baxa: *esta mezcla y consagracion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo produzca en nosotros que los recibimos, la vida eterna.* Debemos

pues considerar en primer lugar que esta mezcla se dirige al mismo fin que la consagracion: en segundo, que esta mezcla es del Cuerpo y de la Sangre de Jesu-Cristo: en tercero, que esta mezcla es para los que le reciben el origen de una bienaventuranza que no tendrá fin.

Esta mezcla está inmediata á las palabras de la consagracion, porque realmente es una consecuencia de ellas. Cada una de las palabras que pronuncia el Sacerdote sobre las dos especies, hace, segun la doctrina constante de todos los Teólogos, que el Cuerpo esté baxo la especie del pan, y la Sangre baxo la especie del vino. Tambien es verdad que la Sangre está baxo la especie del pan, y el cuerpo baxo la especie del vino, por una virtud que llaman los Teólogos de concomitancia, esto es, acompañamiento; porque estando Jesu-Cristo vivo en la Eucaristía, no puede existir su Cuerpo sin su Sangre, y la Sangre no puede tener vida mientras que no esté circulando por el cuerpo. Por la virtud de estas palabras: *esto es pues mi Cuerpo*, se ha convertido el pan en el cuerpo de Jesu-Cristo, y por estas

otras: *este es pues el Cáliz de mi Sangre*, se ha convertido el vino en la Sangre de Jesu-Cristo, y siendo necesaria en la Misa una accion que anuncie la union esencial de estas dos especies, la Iglesia ha ordenado la oracion de que tratamos. Desde este punto deben creer los fieles firmemente que baxo qualquiera especie que reciban el augusto Sacramento, reciben á Jesu-Cristo todo entero; y que sin embargo de que la Iglesia ha tenido por conveniente reducirlos á la Comunión baxo una sola especie, le reciben tan real y completamente como el Sacerdote que participa de las dos especies. Este es el motivo de la mezcla. Veamos ahora el espíritu de ella.

No solo nos figura esta mezcla la union de las partes que componen el Cuerpo de Jesu-Cristo, sino tambien la union que ha contraido con todos los miembros en el Sacramento del bautismo: tambien nos figura la union que debemos conservar nosotros mismos con nuestros hermanos de qualquier nacion, estado ó caracter que sean; y por tanto quando el Sacerdote dice esta oracion, debemos apre-

surarnos á unirnos á Jesu-Cristo de manera que nuestra union sea indisoluble como la suya. Una vez obrada esta mezcla, ya no puede ser destruida, y en esto se nos recuerda la Resurreccion. En efecto Jesu-Cristo resucitado ya no muere, la muerte ya no tiene imperio sobre él, y su sangre vertida una vez en el árbol de la cruz ya no puede ser derramada sino místicamente; y lo es en efecto en el Sacrificio de la Misa; pero sin division y separacion: imágen sensible de la caridad de un verdadero Cristiano, y de la union de los miembros con la cabeza, y de la que tienen los fieles unidos entre sí: leccion importante para un Cristiano, el qual debe decirse á sí mismo que unido una vez á Jesu-Cristo no debe jamas separarse de él por el pecado; y que quando sigue la ley de sus pasiones, le da en quanto cabe una verdadera muerte, y destruye segun puede la santa union de su Cuerpo y de su Sangre. Esto dió motivo al grande Apóstol para comparar el crimen de un profanador con el deicidio que cometieron los verdugos de Jesu-Cristo, porque en efecto no han hecho

ellos otra cosa que executar visiblemente, y de un modo sangriento, lo que el pecador executa realmente, aunque de un modo no sangriento.

Esta mezcla es la del Cuerpo y Sangre de Jesu-Cristo. Esta reflexion me conduce á decir que por esta segunda circunstancia se nos ofrece tambien el misterio de la Resurreccion. Jesu-Cristo debia derramar una vez su sangre y ofrecerla sin cesar; debia verter sobre la cruz hasta la última gota, y recobrarla despues para presentarla eternamente á su Padre, como la prenda de nuestra santificacion; y así la Iglesia habiendo vertido esta sangre por los vivos, por los difuntos, por las necesidades espirituales y por las corporales, se la vuelve en algun modo á Jesu-Cristo por la mezcla que hace de ella, á fin de enseñar á los fieles que siempre está vivo para interceder por nosotros.

Sí, un Cristiano debe orar siempre. Así se lo manda Jesu-Cristo; y esta es la funcion habitual de este Salvador en el cielo. Todo ora en él; á saber, ese cuerpo formado de nuestra substancia en el seno de una vírgen, expuesto por amor de nosotros al rigor de las esta-

ciones á sufrir el hambre y la sed, á padecer todo género de incomodidades en caminos y viages, á los dolores de las heridas y de los golpes, á las angustias de los azotes y de la cruz. Ese cuerpo cubierto de llagas y desfallecido habla continuamente por todas ellas para solicitar la misericordia. Apenas empieza su sangre á correr por los débiles miembros de su infancia, quando ya la derrama al filo del cuchillo de la circuncision, y en esta dolorosa agonía que prepara el Divino Salvador para la muerte, se abre su sangre un paso por todas las partes de su cuerpo. Las espinas, los azotes y los clavos la dan un libre curso, y una lanza que penetra su costado acaba la efusion entera que debia hacer por nuestra salud. La sangre de Abel, la de Zacarías y de otros muchos Profetas tienen infinitamente ménos poder para armar el brazo vengador, que la sangre de la víctima adorable para desarmar su ira. Esta sangre gritará por nosotros sin cesar, diciendo: perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no entreguéis vuestra heredad á la confusion y al oprobrio.

Ya por esto podeis venir en conocimiento, hermanos míos, de la fuerza y la virtud de este cuerpo y de esta sangre unidos para solicitar la misericordia divina, y de los derechos de un Cristiano que participa de este sacramento, y hace de su cuerpo una víctima continua. Entónces consigue la victoria sobre sus pasiones, porque vela sobre todos sus sentidos, y castiga con dureza una carne que se rebela con tanta frecuencia. Un Cristiano, cuya sangre corre como la de Jesu-Cristo para animar una vida santa é irreprehensible, y que por las buenas disposiciones de su corazon está siempre pronto para derramarla por la gloria de Dios, la defensa de la religion y el exercicio de la caridad, puede estar bien seguro de conseguir sus deseos.

¡Quán dulce es á este Cristiano el poderse mezclar en algun modo con Jesu-Cristo, quando el Sacerdote reúne las dos especies, y hacerse por tanto partícipe de un misterio, que siendo una figura tan sensible de la Resurreccion del Salvador, nos anuncia aquella Resurreccion futura donde se unirán los miembros con la cabeza de una ma-

nera que esta union no podrá padecer jamas alteracion alguna! Así el Sacerdote acaba esta oracion diciendo: *Esta mezcla y consagracion del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo produzca en nosotros que los recibimos, la vida eterna.* Aquí es donde se nos representa mas evidentemente el misterio de la Resurreccion. Este cuerpo abierto para curar nuestras heridas, y esta sangre derramada para lavar nuestros pecados, se reunen y toman una vida nueva para asegurarnos una vida eterna, de manera que si podemos decir que Jesu-Cristo por su Resurreccion es nuestro modelo, y el único recurso que tenemos, tambien podemos decirlo de esta mezcla preciosa, haciéndose de dos modos el origen de una bienaventuranza para los que le reciben, esto es, enseñándoles á servir á Dios, como deben, y asegurándoles la felicidad de amarle y de poseerle eternamente.

Sí, les enseña á servir á Dios, sin dividir su atencion y sus cuidados á ningun otro objeto, y en efecto un Cristiano que se penetra del espíritu de esta ceremonia dice á Dios con Je-

su-Cristo, lo que se decia á sí mismo el Profeta: *Alma mia, bendice al Señor: todo quanto hay en mí le rinda adoracion á su santo nombre, mi entendimiento solo se dedique á conocerle, y mi voluntad á amarle y obedecer sus mandamientos.* Este es el exemplo que me da Jesu-Cristo ántes de su Resurreccion; pero este exemplo me le hace mucho mas sensible despues de resucitado, porque entónces nada conserva de la mortalidad. Su vida toda es espiritual, porque se ha despojado enteramente de la forma exterior del hombre viejo, y no vive ya en él sino el hombre nuevo. Sé muy bien que este despojo no es posible al Cristiano; pero él es la imágen de otro que puede obrar en nosotros la gracia del Redentor. Este es el despojo de sí mismo, de la voluntad propia, y de toda suerte de inclinaciones humanas: Esta es la renuncia de todo lo que pasa con la vida, el desprendimiento de todo lo que perece y la fuga de lo que puede manchar el alma.

Un Cristiano que tiene estas disposiciones está muerto verdaderamente con Jesu-Cristo, está sepultado con

Jesu-Cristo, y adquiere el derecho de resucitar espiritualmente con Jesu-Cristo; cuya Resurreccion consiste en caminar en una vida nueva. Entónces adquiere tambien el derecho á esa Resurreccion visible que debe obrarse al fin de los siglos; á esa Resurreccion gloriosa que debe transformar nuestros cuerpos, y colmar nuestras almas de delicias y de gloria. Feliz transformacion, digna por cierto de nuestros deseos, y capaz por sí sola de recompensarnos de todos nuestros sacrificios.

Dios mio, persuadidos de estas verdades no podemos ménos de decir con vuestro Ministro: el cuerpo de nuestro Señor unido á la sangre que ha vertido por nosotros, sea realmente por el deseo, para todos los que participan de él el principio de esa vida donde os conoceremos sin estorbo, donde os amaremos sin reserva, donde os alabaremos sin disgusto, y en la que os gozaremos sin fin. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

ESTAS PALABRAS

AGNUS DEI.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. I. vers. 29.*He aquí el Cordero de Dios.*

ESTE testimonio que dió el Bautista á Jesu-Cristo á la vista de todo el pueblo que venia para oírle y recibir su bautismo, debió parecer muy admirable á Israel. Los Profetas habian designado muchas veces al Mesías prometido baxo la figura de un Cordero; pero este pueblo carnal no podia con-

eiliar las ideas magníficas que se formaban de su Libertador con la simplicidad de esta figura. Nosotros, hermanos míos, que estamos mejor instruidos que los Israelitas, léjos de escandalizarnos de esta imágen, reconozcamos en ella el carácter verdadero de aquel Señor que se ha inmolado por nosotros, porque sabemos que él es verdaderamente el Cordero escogido por Dios para que fuese la víctima de propiciación dada á los hombres, á fin de inspirarlos docilidad y dulzura; y así quando la Iglesia nos dice estas palabras, ó por mejor decir, quando invoca á Jesu-Cristo baxo esta qualidad, debemos aplicarnos para dar á esta oracion el sentido que contiene, y excitar en nosotros los sentimientos necesarios para que nos sea útil. Lo que importa estudiar en este momento es el enlace que puede tener esta oracion con las que la han precedido, y deben seguirla. Por ella se empieza una parte esencial de la Misa; á saber, la Comunión: ella prepara al Sacerdote, y los asistentes dan á Jesu-Cristo pronunciando estas palabras los testimonios mas propios de confianza y de humildad,

quando se dirigen de corazon á formar las disposiciones que exíge la preparacion de nuestros santos misterios. Vamos á seguir esta idea para sacar el fruto que debemos prometernos.

Esta oracion no se empezó á usar en la Iglesia hasta fines del siglo séptimo, y en estos primeros tiempos no sirvió segun parece sino para mantener la atencion y la piedad de los fieles, mientras que el Sacerdote estaba ocupado en las oraciones y ceremonias que hemos explicado en las instrucciones antecedentes. El pueblo no esperaba entonces, como lo hace ahora, á que se acabasen estas oraciones para empezar á dirigirse á Jesu-Cristo, como víctima por nuestros pecados; pero despues pareció sumamente interesante que entretanto que los fieles repetian con solemnidad estas palabras, las dixese el Sacerdote mismo para excitar en su corazon la confianza y la humildad. Esta oracion se repite hasta tres veces, segun el uso que ha observado la Iglesia constantemente con todas las oraciones que ha tenido por mas importantes. Esta es una especie de instancia ó de violencia que hace á Dios, si puede de-

cirse á sí, para conseguir las gracias que solicita en nombre de sus hijos. Esta oracion la dice el Sacerdote inclinándose para denotar los sentimientos de adoracion y de respeto que debe excitar en su corazon: se da tres golpes de pecho, y dice al primero: *Ten misericordia de nosotros*, porque considera sus pecados como el motivo mas poderoso de commiseracion que puede presentar á Jesu-Cristo. Esta misma peticion hace al segundo, y al tercero parece que muda de objeto, diciendo: *danos paz*, porque siendo el objeto especial de la compasion de Jesu-Cristo la turbacion y la guerra interior que produce el pecado en nosotros, la disipa con su presencia.

Este es el sentido propio de las ceremonias que se hacen en esta oracion; pero en las Misas que se celebran por los difuntos, la Iglesia en lugar de estas palabras: *Ten misericordia de nosotros*, dice las siguientes: *Dales el descanso eterno*, para manifestar que su intencion es aplicarles especialmente el fruto de este Sacrificio; y así en lugar de pedir la paz, que es el bien mayor de que necesitan los fieles, pide

el reposo que verdaderamente es el pan de los muertos; pues que estas almas que acaba Dios de purificar en las llamas del purgatorio pueden decir con mas verdad que San Agustin: nuestro corazon está inquieto y como fuera de su centro hasta que descansemos en ti. Dales este reposo, dice toda la Iglesia, ya se acabó el tiempo de su destierro pues que los has separado de los habitantes de Cedar, y se pasaron los dias de sus trabajos, porque estan envueltos en esa noche, donde no pueden hacer ninguna obra meritoria: su alma baxo la mano de tu justicia está en una cruel perplexidad, no porque temen perderte, sino porque todavía no te gozan, y sus lágrimas no llegarán á enxugarse hasta que les des el descanso eterno.

El Sacerdote en las Misas de difuntos no se da golpes de pecho para manifestar que olvida por un instante sus propios intereses para socorrer á sus hermanos en las aficciones que padecen, y en algun modo abandona la carga de sus pecados y miserias, para levantar la que oprime al justo en el lugar de expiacion. Estas diferentes ex-

plicaciones nos muestran la intencion de la Iglesia en esta oracion, bien sea que la aplique á los difuntos, por quienes ofrece el Sacrificio, ó que se sirva de ella para excitar la fe de sus hijos; pero sin embargo penetraremos mucho mejor su espíritu explicando las palabras mismas de que se compone: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten misericordia de nosotros.*

Esta oracion se ha colocado despues del Cánon de la Misa, é inmediatamente ántes de la Comunión; esto es, en el momento en que Jesu-Cristo se ofrece como víctima, y ocupa el lugar de todos los sacrificios de la antigua ley. No es esta pues la oblacion de Abraham, el Sacrificio de Melchisedec; la hostia que ofrece Jacob á los pies de la escala misteriosa; no son estas las víctimas de propiciacion; las hostias de pacificacion, las ofrendas de reconocimiento, y las ceremonias de purificacion que acostumbraban ofrecer al Señor Aaron y sus hijos, Phinees y todo el orden Levítico, porque éstas no eran propiamente las víctimas de Dios. Este era el sacrificio del hombre, el

qual hacia la eleccion de ellas, y las consagraba al Señor; éste era el sacrificio de la ley; pero de una ley que debia ser abolida: ésta era en una palabra una oblacion despreciable para la Divinidad, y muchas veces una abominacion por las malas disposiciones de los sacrificadores; pero la víctima que la Iglesia presenta en el Sacrificio de la Misa, es verdaderamente el Sacrificio de Dios, la oblacion de Dios, el Cordero de Dios escogido por Dios, ofrecido por Dios, aceptado por Dios; digno solamente de un Dios, capaz solo él de satisfacer á Dios, y el mas á propósito, ó por mejor decir, el único para reconciliarnos con Dios.

Esta es verdaderamente víctima de propiciacion en toda la extension del término, y no solo lava el pecado, sino que le borra; no solo quita nuestros pecados, dice el Apóstol, sino los de todo el mundo. Esta víctima quita los pecados; es decir, que Jesu-Cristo sin cometerlos los ha hecho en algun modo suyos propios para borrar los nuestros. El Apóstol se sirve de una expresion que sin ofender la santidad de Jesu-Cristo explica toda la extension de

su caridad por nosotros, diciendo que se ha hecho pecado; es decir, el representante del pecado, sobre el qual debia recaer la Divina Justicia; la caucion del pecado que debia á la Magestad de Dios una reparacion infinita; el remedio del pecado, cuya llaga demasiado profunda no podia curarse sino con méritos abundantes.

En efecto podemos decir que quita los pecados del mundo, porque desde su mismo origen ha presentado á su Padre una satisfaccion suficiente por cada uno de los que se han cometido. En hora buena que la malicia del pecador haya llegado á su colmo, el torrente de la iniquidad no prevalecerá jamas contra la superabundancia de su sangre. El quita los pecados del mundo, y por consecuencia los de cada uno en particular: él está cubierto de nuestras llagas, y agoviado baxo el peso de nuestras enfermedades: y así no nos es lícito entregarnos á la desesperacion. Entretanto que la Iglesia exclama en nombre de todos sus hijos: *ten misericordia de nosotros*, debemos penetrarnos de dolor á la vista de nuestros propios pecados, y decirle: Señor, tú sabes que

nemos sido formados del lodo; tú conoces nuestra flaqueza, porque tú mismo has experimentado sus efectos; tú conoces la enormidad de nuestros pecados, los quales te han hecho llagas tan profundas: *ten pues misericordia de nosotros*: es decir, míranos con esa compasion que te hizo desear tan ardentemente el bautismo de tu sangre, y beber con tanta paciencia el cáliz de tus humillaciones: con esa compasion que te hizo pedir sobre la cruz con el ansia mas viva no el alivio pasagere de una bebida sensible, sino la extincion total de nuestros excesos y pasiones: *ten misericordia de nosotros*. Tú eres el Cordero de Dios, nosotros las ovejas de tus pastos, y el lobo hambriento anda sin descansar al rededor del rebaño para devorarle. Cordero y Pastor juntamente, sálvanos de la boca cruel de este enemigo que cifra toda su alegría en la dispersion de tu aprisco: *ten misericordia de nosotros*. Tú nos has prometido por el Profeta que tu amor para con tu rebaño te llevaria á curar las llagas de las ovejas heridas y á fortificar las enfermas; ahí tienes al pie de tu Altar una multitud

de ellas que estan enfermas y desfallecidas, que esperan que las consueldes en sus aflicciones, que las calientes con el fuego de tu caridad, y las defiendas de todos los enemigos que trabajan para destruirlas. Ten misericordia de nosotros para gloria de tu nombre, para asegurar el fruto de tu muerte, y para probar la eficacia de tu sangre: haz que nuestro enemigo no pueda levantar su orgullosa cabeza para decir que ha prevalecido contra nosotros, y mucho ménos para preguntar con desprecio en dónde está nuestro Dios, y cuáles son las pruebas de su amor. Ten misericordia de nosotros que somos tus miembros, tus hermanos, los coherederos de tu reyno y los hijos de tu Iglesia. Ten misericordia de nosotros en el estado de agitacion en que se encuentra la Iglesia, la qual como una barca sobre un mar tempestuoso se halla expuesta á sufrir la violencia de las olas; y aunque es verdad que no llegará el caso de que naufrague, te pedimos para ella la calma y la tranquilidad.

Danos la paz defendiéndonos de los enemigos visibles que nos atacan con

las heréguas, los escándalos, la impiedad y las blasfemias: danos la paz fortificándonos contra los enemigos invisibles que nos tientan y solicitan para el mal: danos la paz con nuestros hermanos agitados por el espíritu de division y de discordia: danos la paz con los malos que procuran hacernos todo el mal posible con su perfidia, sus calumnias y los lazos que nos tienden: danos la paz de las familias inspirando en ellas la subordinacion, la dulzura y la caridad: danos la paz de los imperios presidiendo en los consejos de los Príncipes, para que dirijan con acierto sus Reynos, para que hagan saludables leyes, y escojan buenos Ministros y Jueces rectos: danos la paz de tu Iglesia haciendo lucir sobre sus hijos el espíritu de verdad; en fin, danos la paz interior de una buena conciencia. Dichosa paz que nos haria semejantes á ti, viviendo como mansos corderos, sin temor alguno en medio de los lobos, y llevando como tú los pecados ajenos con caridad y paciencia.

Dichosa paz, que calmaria nuestra inquietud, que suavizaria nuestro destierro, que corregiria los deseos de

nuestro corazon, y haria oír en los miembros de tu cuerpo místico esa armonía feliz, que es el efecto mas precioso de la caridad.

Dichosa paz, que haria de la tierra un verdadero cielo, un paraíso anticipado, una figura sensible de la celestial Jerusalem, de esa Jerusalem, de quien dice con entusiasmo uno de tus Santos, que en ella sola se anunciará la paz, que las calles resonarán con la paz, que los ciudadanos no cantarán sino cánticos de paz, que la comida en ella será la paz, y que el Dios que hará las delicias de sus Santos, será conocido con el nombre de Dios de la Paz; danos, pues, esta paz, oh Divino Cordero, tú que has venido á pacificar el cielo y la tierra, dánosla en el tiempo y por toda una eternidad. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

LA ORACION

DOMINE JESU-CHRISTE.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 14. vers. 27.

La paz os dexo, mi paz os doy.

EN estas pocas palabras encontramos toda la ventaja y grandeza del Testamento nuevo. En el momento en que debe tener este Testamento toda su fuerza con la muerte del Testador, es quando dice Jesu-Cristo á sus Apóstoles: *mi paz os dexo*, y ella será para vosotros un consuelo continuo de mi ausencia: os la dexo no como un bien